

Un idilio sebáceo

por Jorge Juan Martínez

Durante aquellos días nuestra vida transcurría inopinadamente en la arena. Desde el inicio de la mañana hasta la llegada del crepúsculo, las horas se iban sucediendo entre toallas, sombrillas, colchonetas y demás artículos playeros, hacinados son remedio en aquel universo granuloso y sofocante que la arena creaba en nuestro derredor. Nadie escapaba a esa disciplina veraniega, ni siquiera papá, que se mostraba en extremo complaciente y dispuesto a cumplir a rajatabla los requerimientos de mi madre en cuanto al traslado de utensilios, preparación de vituallas y cuidado de los niños, es decir, de nosotros, así como de otras labores que precisaba nuestra diaria incorporación a la orilla del mar.

Recuerdo muy bien aquel agosto. Cómo hubiera podido olvidarlo si fue el verano en que me enamoré por primera vez. El objeto de mis desvelos estaba allí mismo, en la arena, junto a nosotros. Se llamaba Marianela y poseía una linda melena castaña larguísima que solía recogerse en forma de lustrosa cola de caballo siempre agitada y relumbrando contra el sol. Recuerdo asimismo sus finas pestañas y sus ojos color caramelo que operaban tensas variaciones aními-

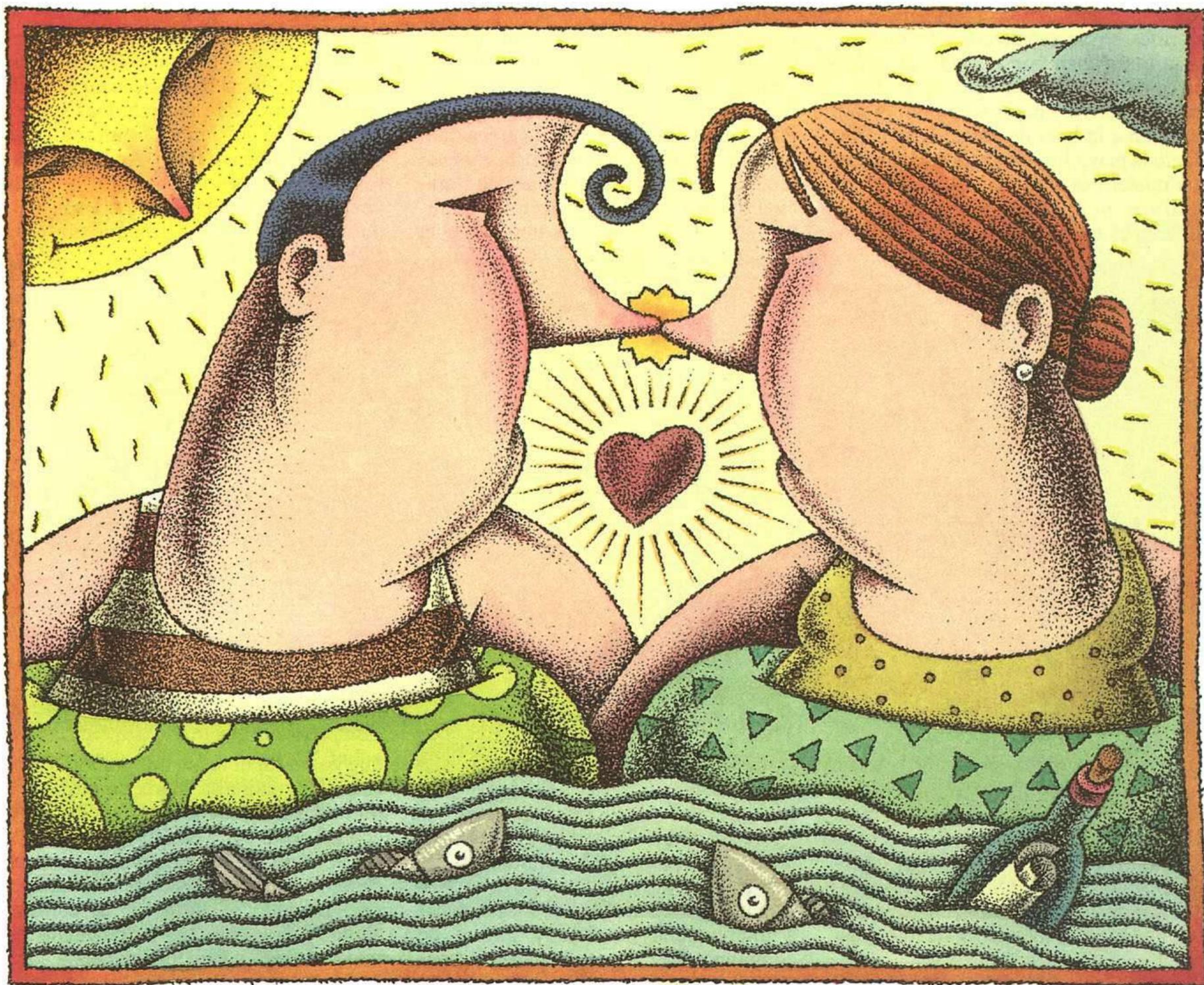
cas en mi persona con sus continuos y arbitrarios cambios de enfoque. Tal y como suele suceder a menudo en las primeras ocasiones, se trataba de un amor a todas luces inviable: ella tenía trece años, yo acababa de cumplir los diez. Esta diferencia de edad que, a ojos de un adulto, acaso pudiera parecer nimia, no lo era en absoluto y se concretaba en hechos tan puntuales y determinantes para el aciago desarrollo de nuestra pasión como que ella tuviera el pecho crecido, las caderas turgentes y me sacara casi un palmo de altura, y yo además fuera imberbe y aún no hubiera cambiado la voz.

La proximidad de Marianela en la arena me torturaba durante aquellas largas jornadas estivales, y esa cercanía no era por cierto una cuestión meramente geográfica, sino por desgracia también sentimental. Marianela era la amiga de mi hermana Irene, catorce años y dos meses, y de mi prima Maru, quince años y una auténtica lolita descocada que mostraba ya una decidida inclinación por todo aquello que llevara pantalones, pantalones largos se entiende.

Mi papel en la arena, muy en contra de lo que yo hubiera deseado, se limitaba a los menesteres propios de mi edad

y condición, a saber: la voraz lectura de tebeos, la práctica fogosa del buceo junto a mi padre, la irritante comisión de recados para mamá, y el forzoso auxilio de Julito, mi hermano de seis años, en la empecinada construcción de una red de castillos y fortalezas que aquel enano inmisericorde se había propuesto llevar a cabo. En resumen, que yo era profundamente desgraciado, ocultaba con celo mis abrasadores sentimientos, sufría en pudoroso silencio aquella proximidad lacerante, afrontaba diarias humillaciones que tenían a Marianela por testigo, y pasaba por penalidades sin fin. Seguro que fue debido a esto que fui el primero en fijarme de ellos.

Lo cierto es que podían haber llamado perfectamente la atención de cualquiera, razones de peso tenían sin duda para hacerlo por separado; pero lo más chocante de todo para mí era su misteriosa y simétrica actitud. Se traba de una pareja, hombre y mujer, que formaba parte de nuestro arenoso ámbito playero. Instalados a una prudente distancia el uno de la otra, ocupaban extremos equidistantes de nuestra posición junto a la orilla. Ambos eran gordos, en el más literal de los sentidos; ella podría pesar alrededor de los cien kilos repartidos unifor-



SAMUEL VELASCO

memente por su corta estatura en forma de móviles oleadas de grasa que su negro y bruñido bañador apenas acertaba a contener dentro de sus lindes; él rebasada aquella tara como mínimo en quince o veinte kilos, todo su físico era un compendio seboso de elefantiásicas magnitudes: cabeza pelada y esférica, cuello bovino arracimado en papadas sobre un tórax espectacular que se dispersaba a la altura del esternón hacia delante y hacia los lados en forma de barrigón superlativo oculto de ombligo

para abajo por unos shorts del tamaño de una tienda de campaña.

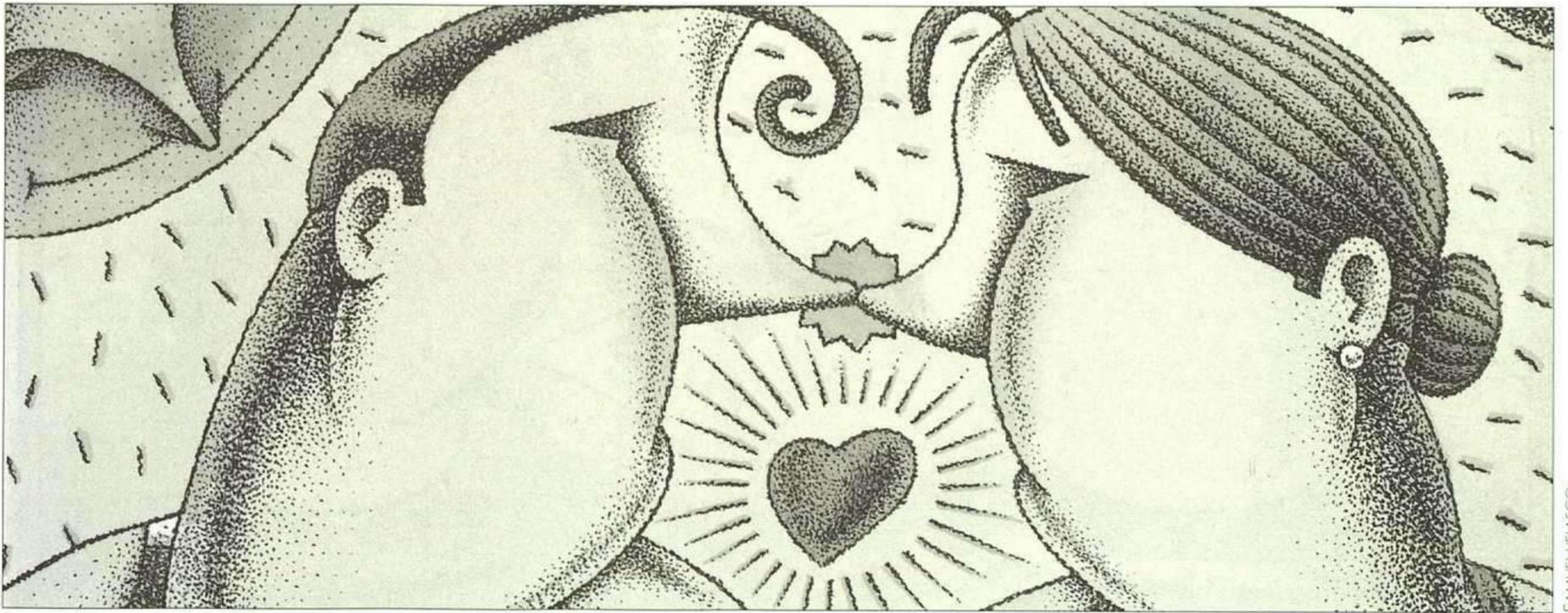
Ambos se movían muy poco en la arena, limitándose a permanecer tumbados a la bartola bajo sus amplias sombrillas y concentrados en la lectura de sus respectivos libros, ajenos por completo a la barahúnda de juegos, carreras y chapoteos que tenía lugar a su lado. Al parecer, reservaban sus energías para el par de inmersiones que efectuaban cada mañana dirigiéndose con torpes ademanes hasta la orilla y adentrándose moro-

sos en el agua. Pero ya reseñé antes que lo más enigmático de todo era su actitud simétrica, pues parecía que un oculto hilo les uniera a ambos de un extremo a otro de la playa, que un común interés orquestara sus escasos movimientos convirtiéndolos en la fiel reproducción de un calco sobre su original. Por ejemplo, a la hora de bañarse ambos se levantaban casi al unísono, penetraban en el mar cada uno por su lado y permanecían luego largos minutos flotando a la misma altura como si de un par de

enormes boyas señaladoras se tratase hasta que daban por acabado su remoción de manera simultánea y regresaban a sus respectivos puestos en la arena. También a la hora de abandonar diariamente la playa los dos gordos mostraban una misteriosa sincronía que acabé por justificar en el hecho de que ambos se alojaran en un cercano hotel y, por tanto,

y él se instalaban unos cuantos metros más cerca que la anterior, estrechando vértices del chato triángulo que formaban respecto de nuestra posición central. Por lo demás, su actitud en la arena continuaba siendo exactamente la misma: reposo, lectura, y dos sesiones de flotación diarias antes de recoger sus bártulos y regresar al hotel a tiempo de la

sencillez; el gordo llegó esa mañana un tanto rezagado y avanzó como un autómatas por la arena hasta alcanzar la posición oportuna; desplegó sin más su toalla, apuntaló su sombrilla junto a la de ella y se tendió a su lado. Ambos charlaron amigablemente olvidando por una vez sus libros y se bañaron juntos luciendo una alegría y compenetración de la



SAMUEL VELASCO

hubieran de cumplir un mismo horario de comidas. Sin embargo, llegado el momento preciso era curioso y un tanto turbador observarles recoger sus pertrechos al mismo tiempo, cargar dificultosamente con ellos y emprender el camino hacia su hotel cada uno por separado, más liados en su idéntico y secreto objetivo

Con el paso de los días mi situación en la arena degeneraba de un modo ostensible: Marianela, Irene y Maru habían trabado relación con un repugnante atajo de adolescentes, y ahora no se separaban de ellos ni en la playa ni fuera de ella. Yo les tenía a todas horas delante de mis narices y observaba con silenciosa desesperación sus relaciones cada vez más íntimas y desasosegantes; es decir, que estaba al borde del colapso. Supongo que fue por eso que la nueva actitud de los gordos sirviera para mí de bálsamo y entretenimiento salvador.

En efecto, ambos gordos iniciaron a un tiempo una variación en sus hábitos playeros consistente en un acercamiento notorio y progresivo. Cada mañana, ella

comida. Al cabo de una semana, esta nueva estrategia había casi llegado a su límite, apenas unos pocos metros separaban al hombre de la mujer. Y un nuevo elemento se añadía a la puesta en escena: las miradas. Ambos comenzaron a examinarse visualmente con frecuencia, a intercambiar sonrisas y guiños de complicidad en tanto se bañaban o reposaban con sus libros abiertos o emprendían el camino de su colación matinal. Yo les imaginaba durante el resto del tiempo que permanecían lejos de nosotros, alojados en su desconocido hotel, realizando una labor de aproximación similar y complementaria: ganando puestos en el comedor, persiguiéndose infatigables por las salas de juego o los pasillos, tal vez intercambiando dormitorios con sus vecinos en pos de un deseado habitáculo común. La inminencia del encuentro era tal que recuerdo haber acudido aquel día a la playa con el nerviosismo expectante del que va a presenciar una apasionante final futbolística.

Las cosas sucedieron con extrema

que yo no fui el único admirador. Mi tía Encar, la madre de Maru, se giró hacia mi padre y, señalando a la obesa pareja con un gesto entre compasivo y divertido, le comentó: «Mira, por fin, si es que cada olla encuentra siempre su tapadera». Llegada la hora de la comida, ambos recogieron sus pertenencias, el hombre cargó galantemente con la sombrilla de su amiga, se tomaron de la mano y emprendieron la marcha sin mirar atrás. Los gordos no volvieron a aparecer por la playa ni a la mañana siguiente ni a la otra ni nunca más. Supongo que a partir de aquel día cambiaron de playa o de hotel o simplemente dieron por acabadas sus vacaciones, el caso es que yo jamás les volví a ver. A mí no me quedó muy claro todo ese asunto de las ollas y las tapaderas, pero sí la imagen de aquellos dos grandullos alejándose juntos por la arena en dirección desconocida como un hermoso símbolo de obstinación, de firmeza, de gruesa esperanza en cierta cosa rara e indefinible que aquel lejano agosto sentí batir en mi pecho por primera vez. ■